

## CAUSAS RELIGIOSAS DE LA GUERRA ENTRE EL CUSCO Y QUITO

*Franklin Pease G. Y.*

Muchas veces se ha afirmado que la guerra entre el Cusco y Quito fue originada por la rivalidad existente entre los líderes, Huáscar del Cusco y Atahualpa de Quito. Esto no parece ser cierto. Concurren a originar el conflicto diversas causas, entre las que predominan la económica, la social y la religiosa.

No es fácil creer, hoy en día, que la rivalidad entre ambos hermanos pueda ser la causa única de la guerra. En primer lugar, carecemos de datos sobre la juventud de Atahualpa—a quien los cronistas y los hechos señalan como mayor—, tampoco los tenemos sobre la de Huáscar ni sobre las relaciones entre ambos. El único dato existente es el que nos trae Sarmiento de Gamboa cuando habla de unos refuerzos que salen de la ciudad del Cusco para apoyar a las tropas de Huayna Cápac, empeñadas en la conquista de las tierras de Quito.<sup>1</sup> No es posible pues, hablar de las relaciones entre Huáscar y Atahualpa antes de la guerra y que pudieran haber fomentado la rivalidad. La ausencia de datos nos hace opinar en este sentido, ya que, si algún hecho hubiera ocurrido y ocasionado serias fricciones entre ambos hermanos, habría quedado rastro de él en las crónicas.

Nos llama la atención el problema religioso debido, sobre todo, a que ha sido poco estudiado. El panorama religioso anterior a la guerra está centralizado a la ciudad del Cusco, centro y origen del mundo de los Incas. En el Cusco estaba centrado el mundo religioso. El Coricancha significaba no sólo el templo máximo sino quizás una representación sintética del mundo incaico. Estaría en él el centro cósmico, punto de comunicación directa en el mundo de la divinidad.

---

<sup>1</sup> Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia Índica* (Buenos Aires: Emecé Editores, 1947), 241, 242.

Era el Cusco un espacio sagrado (hierofanía = documento, rito, mito, cosmogonía, dios)<sup>2</sup> en que se realizaban revelaciones primordiales. Allí fue iniciado el hombre en la manera de alimentarse y de utilizar la tierra. Cuentan esto las leyendas de Manco Cápac y los hermanos Ayar, traídas por los cronistas.<sup>3</sup> Dice Eliade que “la noción del espacio sagrado implica la idea de repetición de la hierofanía primordial que consagró aquel espacio transfigurándolo, singularizándolo, en una palabra, aislándolo del espacio profano circundante”.<sup>4</sup> Evidentemente, el culto solar está identificado con este espacio sagrado que es el Cusco. Allí fue donde la pareja primordial, Manco Cápac y Mama Oello, realizó los rituales de creación, incorporando esa zona dentro de un cosmos—caos organizado—y civilizaron a los hombres, según las crónicas.<sup>5</sup> Los ritos de creación servirán para iniciar la incorporación de nuevas tierras al posterior estado cusqueño. Se repetirán los actos del arquetipo fundador, Manco Cápac, añadiendo así la nueva región al mundo sagrado de los Incas.

Sabemos que el cosmos incaico estaba dividido en tres zonas fundamentales: el *Janan Pacha* o mundo de arriba, donde moraban los dioses celestes; el *Cay Pacha* o mundo de aquí, donde habitaban los hombres, y el *Ucu Pacha* o mundo del subsuelo, donde vivían los espíritus relacionados con la fertilidad y los muertos.<sup>6</sup> Los tres mundos forman un todo sagrado y entre ellos se encuentran diversos puntos de contacto. El más directo de estos es la ciudad del Cusco, situada en la *montaña cósmica*, lugar desde el cual es más rápida la comunicación con el mundo de arriba. Si el Cusco es un centro, también lo es el Inca, *Hijo del Sol*, que propaga su culto y los principios esenciales de civilización. El Inca es un centro viviente, un ser semi-divino cuya presencia en un lugar determinaba una especie de *sacralización* del mismo. El carácter semi-divino del Inca hacía que la mayor solemnidad e importancia de ciertas celebraciones solares no estribara

---

<sup>2</sup> Mircea Eliade, *Tratado de historia de las religiones* (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1954), 24.

<sup>3</sup> Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales de los Incas*, Biblioteca de autores españoles, t. 133, lib. 1 (Madrid: Editorial Atlas, 1960), 26-27, 29, 30, 31.

<sup>4</sup> Eliade, *Tratado*, 346.

<sup>5</sup> Garcilaso, *ibid.* Cristóbal de Molina, el cusqueño, *Relación de las fábulas y ritos de los Incas* (Buenos Aires: Editorial Futuro, 1959), 11, 12. Aunque Molina habla de que reaparecieron los hombres en “Huanaco, que será del Cuzco más de setenta leguas”, luego comienza la labor civilizadora de Manco Cápac y Mama Oello, los arquetipos primordiales (p. 13). Sarmiento de Gamboa, *ibid.*, 126 y ss. Fray Martín de Murúa, *Historia general del Perú, origen y descendencia de los Incas*, introducción y notas de Manuel Ballesteros Gaibrois, (Madrid. 1962), 25.

<sup>6</sup> Luis E. Valcárcel, *Etnohistoria del Perú Antiguo* (Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1959), 139 y ss.

en su realización en la ciudad sagrada, sino donde el Inca estuviere. El Inca y el Cusco centralizan en sí la magnificencia del culto solar.

De este modo el Cusco, vinculado como ya se dijo a las hierofanías, centralizaba el culto al Sol. En él se realizaban las mayores manifestaciones del culto, las fiestas más solemnes. Allí estaba el templo más importante y más suntuoso—el Coricancha—y el principal Acllahuasi. También era residencia oficial del Inca. Estaba, pues, ligado al aparato político del estado incaico y era—a la vez—el principal centro religioso. Cuenta Murúa que en el Cusco—que se supone vuelto a construir por Pachacútec—estaba representado todo el Imperio, ya que la ciudad estaba dividida en cuatro zonas y esto fue extendido a todo el territorio.<sup>7</sup> Veremos también que cuando se construye una nueva ciudad se lleva tierra y otros elementos de la capital sagrada. Así sucedió con Tumibamba, la ciudad en que se localizó el poderío de la nobleza quiteña; allí se repitió el plano del Cusco sagrado, se hizo copia de los principales edificios de la capital e incluso—como lo afirma Murúa—se construyeron réplicas de la huaca *Huanacauri* y de las otras huacas del Cusco.<sup>8</sup>

Desde el Cusco se inició la implantación del culto solar en forma unánime. El encargado de hacerlo fue Amaru Yapanqui, hijo y co-reinante de Pachacútec, que fue enviado por éste a efectuar un largo viaje por los territorios sujetos al Cusco, destruyendo idolatrías como concluye la señora Rostworowski.<sup>9</sup> En realidad, más que una suplantación de cultos locales por el oficial del Cusco, lo que hizo Amaru fue sobre poner la religión solar a los cultos lugareños, en forma obligatoria; pero sin destruir por ello los adoratorios ni prohibir el culto a los dioses locales. Antes, bien, llegó inclusive a rendirles homenaje y enviar réplicas al Cusco para ser colocadas en el templo del Coricancha, que englobaba así a todas las divinidades del territorio del Tahuantinsuyo.<sup>10</sup> Pero el Cusco no sólo era el centro religioso del imperio. Fue también el núcleo de acción de la nobleza tradicional. No es éste el momento de analizar el origen y el desarrollo de la élite cusqueña, pero sí vale la pena llamar la atención sobre la aparición de un nuevo sector privilegiado y ajeno al Cusco. Al iniciarse la violenta expansión territorial bajo la égida de Pachacútec, fueron incorporándose a la nobleza los curacas locales. Al hacerlos ingresar en la élite se les daba—en cierta forma—más categoría; sus hijos eran enviados al Yachayhuasi—la escuela de los nobles del Cus-

<sup>7</sup> Murúa, *Historia general*, 24, 25.

<sup>8</sup> *Ibid.*, 81.

<sup>9</sup> María Rostworowski de Diez Canseco, *Pachacútec* (Lima, 1953), 236, 237.

<sup>10</sup> Valcárcel, “La religión de los antiguos peruanos”, *Revista del Museo Nacional* 8, n° 1 (1939): 79.

co—vinculándolos más, de esta manera, al estado incaico. La aparición de este nuevo sector nobiliario y la influencia creciente que irán tomando sus miembros, resintió sin duda a los orgullosos orejones del Cusco, provocando de esta manera una susceptibilidad que haría más fácil la ruptura en la época final. Sin embargo en los primeros momentos no se advierte un centro de localización de la acción de este nuevo grupo de la nobleza. Sólo al final, cuando la élite foránea se manifiesta unificada, se presentan fuertes rozamientos, vinculados algunos de ellos a lo religioso, como luego veremos. Estos razonamientos, unidos al resentimiento de los nobles cusqueños ante la creciente influencia que toma la nobleza local, sobre todo durante el gobierno de Huayna Cápac, ayudarán más tarde a provocar la ruptura y la guerra.

Puede plantearse el problema de si Tumibamba fue construida como un centro religioso local. Sabemos que se llevó a ella piedras procedentes del Cusco, y por lo tanto sagradas. El hecho de que se construyera en ella un templo solar—y, naturalmente, un Acllahuasi adjunto—no llama la atención. Era costumbre entre los Incas que en toda ciudad construida por ellos debía haber un templo solar, un Acllahuasi y un Palacio Real,<sup>11</sup> por lo que no es extraño que se hiciese en Tumibamba. Lo que sí puede plantear un problema es que se hayan hecho réplicas de las principales *huacas* del Cusco, hecho que puede encerrar un simbolismo sugestivo. El otro punto importante es el de llevar piedras procedentes del Cusco. Esto tiene similitud con los ritos de fundación romanos. En las primitivas ciudades de Italia era costumbre que los fundadores enterraran, en un lugar céntrico, tierra del lugar de su nacimiento, para que así pudiera decirse que también la nueva ciudad era tierra de sus antepasados.

Sin embargo, la importancia religiosa de Tumibamba no sólo estaba dada por haber sido construida a semejanza del Cusco, con piedras provenientes de la capital o por tener copias del templo solar, del Acllahuasi o del palacio del Inca. También hay que tener en cuenta el hecho importantísimo de la presencia del soberano.

La ciudad del Cusco y el Imperio están identificados. Su vinculación era tan íntima como la que existía entre el soberano y el arquetipo Manco Cápac. El Cusco y el Inca están, además, íntimamente unidos. Si el Cusco es un centro del mundo fijo, el Inca es un centro móvil. En el Cusco está la *Montaña Sagrada*, el punto en que se unen el cielo, la tierra y el subsuelo. El Cusco es un *centro* y el simbolismo de centro “abarca muchas nociones: la de punto de intersección de

---

<sup>11</sup> Valcárcel, *Machu Picchu* (Buenos Aires: Emecé, 1964), 59.

los niveles cósmicos (canal de unión entre el infierno y la tierra); la de espacio hierofánico y en su virtud, *real*; la de espacio “creacional”, por excelencia, único en el que se *puede* comenzar la Creación”.<sup>12</sup>

Por todo esto, el Inca debía residir principalmente en el Cusco. Cuando Huayna Cápac se aleja de la ciudad sagrada y permanece en el norte más tiempo del requerido para las conquistas en que estaba empeñado, y mucho tiempo después de determinadas éstas; provoca una situación desordenada en el plano religioso. Dijimos antes que el Inca era también un eje entre los mundos. Al alejarse mucho tiempo del Cusco, forma otro eje hasta cierto punto rival. Huayna Cápac se instaló en Tumibamba, que de este modo fue convertida en lugar sagrado. La ciudad norteña tomó así una importancia inusitada, realizada en el terreno de lo social por la cada vez mayor preponderancia de la élite foránea, centralizada ahora en Quito. El alejamiento prolongado de Huayna Cápac de la ciudad del Cusco provoca entonces una ruptura al originar un centro religioso rival del Cusco y al inaugurar una época de predominio de la nobleza foránea, en desmérito de la fuerza que hasta entonces había mantenido la nobleza tradicional cusqueña. Al momento de morir Huayna Cápac, puede asegurarse que los dignatarios que lo rodean son casi íntegramente quiteños.

Los problemas que causan esta prolongada ausencia de Huayna Cápac de la ciudad del Cusco no eran solamente de un puro carácter político o social. Además de alborotar a los nobles, se produce un desquiciamiento del centro religioso tradicional, que es el Cusco. Al estar fuera de esta ciudad, el Inca traslada consigo el centro religioso. El *Hijo del Sol* llevaba con él la representación de la divinidad donde quiera que se hallara. Esto hace que la posición del Cusco como centro religioso se debilite, aumentando al mismo tiempo la importancia de Tumibamba como nuevo centro religioso originado—más que nada—por la presencia del Inca en ella. Sin embargo, observamos que el Cusco no pierde—ni perderá después de la guerra—su tradicional posición de principal centro religioso de los Andes. Al morir Huayna Cápac, se notará que los ojos del Tahuantinsuyo continúan dirigidos hacia el Cusco ancestral.

El descontento social originado por la creciente influencia de la élite foránea en el medio político, y la crisis religiosa motivada por el alejamiento de Huayna Cápac de la ciudad del Cusco y por su instalación en Tumibamba, van a crear un poderoso movimiento de reacción en la élite tradicional.

---

<sup>12</sup> Eliade, *Tratado*, 354.

Acerca de esta rebelión de los orejones, cuenta el cronista Sarmiento de Gamboa que los nobles soldados del ejército de Huayna Cápac en Quito se distanciaron del Inca. Las causas aparentes de esta actitud son dos: una militar—mencionada por Sarmiento<sup>13</sup>—desde que los ejércitos incaicos acababan de sufrir serias derrotas en la región de los indios Pastos; y otra económica—realzada por el mercedario Martín de Murúa<sup>14</sup>—, y que parece centrarse en una carestía de alimentos y otros pertrechos. Estas causas son atribuidas por los orejones al prolongado alejamiento del Inca de la ciudad del Cusco. Hay que tener en cuenta que los orejones debieron sentirse igualmente desplazados por la arrolladora influencia de los nobles regionales. Por otro lado, atribuían las desgracias en la guerra al alejamiento del Inca de la ciudad sagrada. Ya hemos hablado del desquiciamiento que esta lejanía del Inca significaba y los trastornos que traía en el mundo religioso del Cusco tradicional. Además, no hay que olvidar que concurrían factores sociales—como el indicado desplazamiento de la nobleza tradicional—y políticos—como ser mayor la libertad de acción que el Inca tenía cuando estaba lejos del Cusco y de la acción controladora de la nobleza. (Se ha hablado mucho de la autarquía del Inca. No parece que esto sea muy cierto. El Inca dependía de la nobleza—o de un sector dentro de ella—desde que la nobleza debía aprobar su designación).

Estos factores, el desplazamiento de la nobleza tradicional, la falta de poder de ésta sobre el Inca alejado del Cusco y rodeado ahora de auxiliares quiteños, se aúnan entonces al problema religioso ocasionado por el alejamiento del Inca del Cusco, para motivar la revuelta de los oficiales nobles del ejército de Huayna Cápac.

Declarados en rebeldía los orejones extrajeron la imagen solar del templo principal de Tumibamba<sup>15</sup> y se prepararon para volver al Cusco, a espaldas del Inca, concentrándose en la plaza principal de la ciudad de Tumibamba.

Enterado de esto, Huayna Cápac apeló a recursos desesperados (intervención de un oráculo femenino evocando la figura arquetípica de Mama Ocllo) y consiguiendo, gracias a su extraordinario reparto de prebendas, evitar el éxodo de los nobles cusqueños. Parece que las concesiones que hizo en este momento el Inca encerraban el compromiso de regresar a la ciudad sagrada. Al momento de su muerte, se afirma que Huayna Cápac estaba en viaje al Cusco.

---

<sup>13</sup> Sarmiento, *Historia Indica*, 244; Murúa, *Historia general*, 91.

<sup>14</sup> Murúa, *ibid.*

<sup>15</sup> Murúa, *ibid.*, 91

Es importante llamar la atención sobre el hecho que lo que más resalta en la actitud de los orejones es el robo de la imagen solar. Si el Inca es considerado *Hijo del Sol*—calidad ésta no extendida jamás a la nobleza—el hecho aumenta en interés. Los orejones se atribuyen ahora la calidad de *defensores del Sol*, al que cabría suponer vejado por el alejamiento de Huayna Cápac del Cusco y el predominio creciente de élite foránea. La reacción del Sol habría sido hacer recaer castigos sobre el Cusco.

No debemos detenernos aquí en los pormenores que rodearon la ruptura sobre el Cusco y Quito. Nuestro enfoque del problema religioso no puede, sin embargo, desentenderse de la situación social y política en los momentos del inicio de la guerra. Muerto Huayna Cápac y designado finalmente un sucesor, partió hacia el Cusco la caravana fúnebre con los restos del Inca fallecido. Fueron con ella un buen número de nobles quiteños, aunque Atahualpa quedó en el norte y no fue a la ciudad sagrada, alegando que había sido duramente criticado por su padre en su conducta militar.<sup>16</sup> Huáscar trató mal a estos emisarios norteños y luego los mandó matar.<sup>17</sup> Posteriores problemas van a ocasionar el envío de un ejército del Cusco hacia el norte, lo que llega a oídos de Atahualpa que, lógicamente, se pone a la defensiva.<sup>18</sup> Luego se provoca la captura de Atahualpa en Tumibamba y su fuga inmediata. Entonces es cuando Atahualpa invoca un respaldo religioso. Lo que llama la atención es que no se apoya en una divinidad local—como sería de esperar—sino en la solar cusqueña. Según Anello Oliva, Atahualpa relató que se le había parecido el Inca Amaru Yupanqui—cuyo gobierno está teñido de un sugestivo matiz religioso, vinculado sobre todo al culto solar.<sup>19</sup> Si bien podría pensarse que esta leyenda ha podido ser urdida con posterioridad, destaca en ella la vinculación entre el Inca y la divinidad solar. A partir de este momento es Atahualpa—además de líder de la nobleza regional norteña—un enviado de la divinidad. Repite el acto mítico de Manco Cápac y de Pachacútec. Es una figura de cariz religioso, cuya acción está apadrinada por la divinidad solar. Sin embargo, el enfoque religioso de la guerra—lo repito una vez más—no debe hacernos olvidar los problemas sociales, económicos y políticos que rodearon la gran rebelión, ni tampoco podemos dejar de lado el desarrollo de la misma en cuanto pueda aclararse.

---

<sup>16</sup> Sarmiento, *Historia Índica*, 252.

<sup>17</sup> *Ibid.*, 254; Murúa, *Historia general*, 113.

<sup>18</sup> Sarmiento, *Historia Índica*, 255.

<sup>19</sup> P. Juan Anello Oliva, *Historia del reino y provincias del Perú*, lib. 1, (Lima, 1895), 65.

Producido el conflicto con el enfrentamiento de las dos noblezas rivales, resalta ahora la posición de Atahualpa, reconocido en parte del Imperio como *Hijo del Sol*. Esto se verá reforzado posteriormente cuando en la ciudad de Tumibamba Atahualpa toma la *mascapaicha*, tradicional símbolo de autoridad entre los Incas del Cusco.<sup>20</sup> Ahora está en igual nivel que Huáscar, no sólo en lo militar, sino en lo religioso y lo político. Para el hombre andino se presenta una disyuntiva religiosa. El símbolo político-religioso que es el Inca, se encuentra en este momento duplicado. Huáscar en el Cusco y Atahualpa en Tumibamba forman dos polos de acción religiosa y política. La situación es ambivalente. Intereses y lealtades diversas van a mover las decisiones de los pueblos para inclinarse a Cusco o Tumibamba, ciudad que representa a la nobleza foránea. Es curioso observar que la costa norte del Perú actual va a ser, en general, partidaria de Huáscar, mientras que la costa centro y sur—especialmente el curacazgo de Chincha—va a declararse por Atahualpa. La zona de Pachacámac parece permanecer neutral dada su elevada categoría religiosa, desde que Huáscar le hace consultas, y Atahualpa confesará igualmente haberlas realizado.<sup>21</sup> No deja de llamar la atención la inconsecuencia política de la región de la costa, dada su ubicación geográfica. Llama la atención que Chincha se pliegue a Atahualpa y no al Cusco; de la misma manera, sorprende la lealtad de la costa norte (Tallanes, Cañaris, etc.) a la nobleza tradicional y a la ciudad del Cusco. Esto fortalecería la idea de la lucha de noblezas regionales, algunas de las cuales favorecen a la élite cusqueña y otras, con la de Chincha a la cabeza, al nuevo centro político y religioso dominado por un nuevo sector nobiliario, encabezado por Atahualpa. En la entrada de éste a la plaza de Cajamarca, el curaca de Chincha ocupará un lugar preferente.<sup>22</sup>

Durante el conflicto, la situación religiosa se mantiene dividida. Ambos ejércitos y sus partidarios civiles conservan su propio punto de vista religioso, así como mantienen el político. Se suceden consultas a las divinidades, sobre todo a Pachacámac, conocido oráculo de la costa central. Huáscar lo consulta sobre el desarrollo de la guerra y, en cierta forma, solicita su protección para vencer a los rebeldes de la nobleza foránea. No es raro que se realicen estas consultas. La divinidad es interrogada sobre los problemas más importantes que vive el hombre—no

---

<sup>20</sup> Pedro de Cieza de León, *Del Señorío de los Incas* (Buenos Aires: Ediciones Argentinas Solar, 1943), 324.

<sup>21</sup> Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú* (Buenos Aires: Editorial Futuro, 1944), 41.

<sup>22</sup> Pizarro, *ibid.*

sólo es un fenómeno andino, sino multicultural. En el incario era conocido, entre otros, el rito de la *callpa*—oráculo realizado en las entrañas de un auquénido—y que Sarmiento relata se hizo en los momentos postreros de la vida de Huayna Cápac, cuando se trató de designar un sucesor. Mediante la *callpa* se interrogaba a la divinidad sobre si estaba o no de acuerdo con el nombramiento del sucesor.<sup>23</sup> De este modo, el Dios participaba en la designación del que sería llamado *Hijo del Sol*.

Dijimos que durante la guerra los habitantes se habían dividido también en dos bandos religiosos, igual que en lo político. Huáscar y Atahualpa son sindicados como intermediarios entre el *Janam Pacha* o mundo de arriba y el *Cay Pacha* o mundo de superficie terrestre.

Luego de las jornadas iniciales del conflicto, es sabido que Atahualpa no se acercó mucho al Cusco. Sabemos por Sarmiento de Gamboa que se mantuvo en la sierra norte, y que llegó hasta Cajamarca y Huamachuco. En este último lugar existía un célebre santuario, lo que confirman los religiosos agustinos que fueron a estas tierras en 1557.<sup>24</sup> Allí estaba la divinidad llamada *Catequil* en la relación de los agustinos, y a la que el Inca quiteño consultó sobre el desarrollo de la guerra. Como la respuesta le fue adversa, cuenta Sarmiento que Atahualpa montó cólera, mató por mano propia al oráculo intérprete de la divinidad, destruyó el ídolo y el templo, incendiándolo luego, para esparcir finalmente sus cenizas por los aires.<sup>25</sup> Esta actitud podría hacer pensar, a primera vista, que Atahualpa tenía animadversión al Cusco religioso. Puede, sin embargo, afirmarse que las actitudes de Atahualpa parecen indicar un cierto desengaño ante lo religioso. Ya preso en Cajamarca, dirá a los españoles que no cree en Pachacámac desde que su hermano lo consultó sobre el fin de la guerra y que la respuesta fue equivocada.<sup>26</sup> Se añade a este hecho que ya en Huamachuco había demostrado Atahualpa que no temía desafiar la ira divina. No tenemos datos de otras destrucciones de ídolos ni lugares religiosos, pero vale la pena recalcar que llegó a hacer traer a Cajamarca el oro depositado en los templos y especialmente el que se hallaba en el Coricancha, sacrilegio éste que confirma su escepticismo religioso, aunque Cieza afirma que luego de la victoria sobre el Cusco, Atahualpa habría dicho que “sus dioses peleaban por él”.<sup>27</sup>

<sup>23</sup> Sarmiento, *Historia Índica*, 250.

<sup>24</sup> *Relación de los primeros religiosos agustinos* (Lima: Miranda, 1952), 69.

<sup>25</sup> *Ibid.*; Sarmiento, *Historia Índica*, 259.

<sup>26</sup> Murúa, *Historia General*, 156; Miguel Cabello Valboa, *Miscelánea Antártica*, 3ra. parte, cap. 29 y 31 (Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1951).

<sup>27</sup> Cieza, *Del Señorío*, 328.

Sin embargo, a pesar de este escepticismo frente a lo religioso de que hace gala, Atahualpa y sus ejércitos mantendrán un respeto, que podemos calificar de religioso, por el Cusco sagrado. Esta ciudad no fue violada, en sus centros principales de culto, por el ejército invasor. A pesar que realizó un saqueo en la búsqueda de los partidarios de Huáscar, no se ocupó ni alteró los espacios sagrados del Coricancha, el Acllahuasi, ni los palacios de los Incas, a excepción—quizás—del de Huáscar. Los vencedores de la guerra, luego de la decisiva batalla de Quipaypán y prisión de Huáscar, harán que se reúna la nobleza tradicional en el lugar llamado Quibipay y la obligaran a prestar obediencia mochando una efigie de Atahualpa orientada hacia el norte.<sup>28</sup> De esta manera, la nobleza tradicional cusqueña acepta a Atahualpa como propio, como Inca y Señor. El nuevo Inca es, desde este momento, el eje de la vida andina. Los vencedores, con Atahualpa a la cabeza, van a integrarse al Cusco ancestral. Se *cusqueñizan*, adoptando los esquemas de la ciudad centro, en lo religioso y lo político, en lo administrativo y lo económico. La nueva élite suplanta a la tradicional, ocupando su lugar en el cosmos tripartito de los Incas del Cusco.

---

<sup>28</sup> Murúa, *Historia General*, 162 y ss.; Cabello Valboa, *Miscelánea Antártica*, 460; Sarmiento, *Historia Índica*, 266.